

Algunas noches son simplemente oscuras, otras son oscuras de una manera sugerente, como si algo siniestro, misterioso, fuera a suceder. En ciertos suburbios remotos esto parece cierto, donde grandes espacios parecen morir entre las farolas, donde sucede poco, donde gente suplica: «¡Vamos al pueblo!» En los jardines de la villa los cedros sarnosos suspiran con el viento, pero los setos se endurecen, se ahoga la actividad espontánea.

En esta particular noche de noviembre, una brisa húmeda apenas agitaba los pinos plateados en el estrecho camino que conducía a Laurels, donde vivía el coronel Hymber Masters, un antiguo y distinguido miembro de un regimiento estacionado en la India. Como la criada estaba fuera, la cocinera respondió al timbre cuando sonó con un repentino y agudo ruido metálico poco después de las diez, y soltó un grito ahogado mitad de sorpresa, mitad de miedo. El ruido metálico fue desagradable e inoportuno. Mónica, la adorada pero bastante descuidada hija del coronel, dormía arriba, pero la cocinera no tenía miedo de que molestaran a Mónica, ni tampoco porque le pareciera un poco tarde para que sonara el timbre con tanta violencia; estaba asustada porque cuando abrió la puerta para dejar entrar la fina lluvia vio a un hombre negro parado en las escaleras. Allí, en medio del viento y la lluvia, estaba un negro alto y delgado sosteniendo un paquete.

En cualquier caso, era de piel oscura, reflexionó después, ya fuera negro, hindú o árabe; la palabra «negro» describe a cualquier hombre que no sea blanco. Con un impermeable amarillo manchado y un sombrero sucio y caído, y «pareciendo un diablo, ayúdame, Dios», sacó el pequeño paquete fuera de la oscuridad. La luz del pasillo destelló roja en sus ojos brillantes.

—Para el coronel Masters —susurró rápidamente—, y para nadie más.

Y se desvaneció en la noche con su extraño acento extranjero, sus ojos de fuego y su desagradable voz sibilante.

—Pero vi sus ojos —juró la cocinera la mañana siguiente—, sus ojos de fuego, y su mirada desagradable, y sus manos negras y sus dedos largos y delgados, y sus uñas todas de un rosa brillante, y me miró... Si sabes a qué me refiero... parecía... la muerte...

Así habló la cocinera al día siguiente, pero mientras estaba frente a la puerta cerrada con el pequeño paquete de papel marrón en las manos, impresionada por las órdenes que le habían dado, se mostró aliviada por el hecho de que el coronel Masters no regresó hasta después de medianoche, de modo que no necesitaba actuar de inmediato.

La reflexión le produjo cierto consuelo que le devolvió un poco la ecuanimidad, aunque seguía allí, sosteniendo el paquete con cautela entre sus manos sucias, renuente, vacilante, inquieta. Un paquete, incluso traído por un misterioso y oscuro desconocido, no era algo aterrador en sí mismo, pero ciertamente se sentía asustada. Quizás el instinto y la superstición combinaron: el viento, la lluvia, el hecho de estar sola en la casa, el negro inesperado, contribuyeron a su malestar. Una vaga sensación de horror la invadió, su sangre irlandesa despertó sueños antiguos y comenzó a temblar, como si el paquete contuviera algo vivo, explosivo, venenoso, impío, casi como si se moviera.

Entonces aflojó los dedos y el paquete cayó al suelo de baldosas con un ruido extraño y agudo, pero permaneció inmóvil. Lo miró atentamente, con cautela, pero, gracias a Dios, no se movió: era un paquete inerte de papel. Traído por un recadero a la luz del día podría haber sido comida, tabaco o incluso una camisa remendada.

Pero ese chasquido agudo la desconcertó. Luego, después de unos minutos, recordando su deber, lo recogió mientras temblaba. Debía entregarse. Se comprometió y decidió colocarlo sobre el escritorio del coronel y contárselo por la mañana. Con aquellos años misteriosos en el Este a sus espaldas, su temperamento y sus órdenes tiránicas, no era fácil abordar al coronel, y menos por la mañana.

La cocinera lo dejó así, es decir, lo dejó sobre el escritorio de su estudio, pero omitió toda explicación sobre su llegada. Había decidido ser vaga respecto de detalles tan poco importantes, porque la señora O'Reilly tenía miedo del coronel Masters, y sólo su amor declarado por Mónica le hacía creer que era humano. Le pagaba bien, oh sí, y a veces él sonreía y era un hombre apuesto, aunque demasiado moreno para su gusto, pero también le hacía algún cumplido ocasional. Eso la tranquilizaba. En cualquier caso, ambos se adaptaban bien, y ella se quedó, robándole cómodamente, aunque con cautela.

—No será nada bueno —le aseguró a la criada al día siguiente—, y esos ojos de negro y ese ruido cuando se me cayó al suelo. Nada bueno, ni para nosotras ni para nadie. Ningún hombre tan negro como él significa estrella de la suerte para nadie. Un paquete en verdad... con esos ojos de diablo...

—¿Qué hiciste con él? —preguntó la criada.

La cocinera la miró de arriba abajo.

—Ponerlo en el fuego, por supuesto —respondió ella—. En la estufa, si quieres saber exactamente.

Llegó el turno de la criada de mirar de arriba abajo a la cocinera.

—No lo creo —comentó.

La cocinera reflexionó, probablemente porque no encontró una respuesta inmediata.

—Bueno —resopló—, ¿sabes lo que pienso? No lo sabes. Así que te lo diré. El coronel tiene miedo de algo. Él le hizo algo malo a alguien en la India hace mucho tiempo y ese negro larguirucho trajo lo que le esperaba, y por eso digo que lo puse en la estufa. Era un maldito ídolo —susurró—, eso es lo que era ese paquete, y él... bueno, es un maldito adorador —y se santiguó—. Por eso dije que lo puse en la estufa, ¿ves?

La criada se quedó mirando y jadeó.

—Recuerda mis palabras, joven Jane —añadió la cocinera, volviéndose hacia su masa.

Y ahí quedó el asunto por un tiempo, porque la cocinera, siendo irlandesa, tenía más risas que lágrimas, y más allá de admitir ante la asustada criada que en realidad no había quemado el paquete sino que lo había dejado sobre la mesa del estudio, el incidente se olvidó. En cualquier caso, no era su trabajo abrir la puerta principal. Había «entregado» el paquete. Su conciencia estaba bastante tranquila.

Por lo tanto, nadie recordó sus palabras porque no sucedió nada adverso. Mónica estaba feliz, y el coronel Masters era tan tiránico y sombrío como siempre. El húmedo viento invernal soplaba entre los pinos plateados, la lluvia golpeaba el mirador y nadie llamaba. Esto duró una semana, un tiempo bastante largo sin incidentes.

Pero, de repente, una mañana, el coronel Masters tocó el timbre de su estudio y, como la criada estaba arriba, fue la cocinera quien atendió. Tenía en las manos un paquete de papel marrón, medio abierto y con el cordón colgando.

—Encontré esto en mi escritorio. Hace una semana que vengo a mi estudio. ¿Quién lo trajo? ¿Y cuándo llegó?

Su cara, amarilla como siempre, tenía un matiz de fuego.

Respondió la señora O'Reilly, fechando vagamente la llegada.

—Pregunté quién lo trajo —insistió tajantemente.

—Un extraño —balbuceó—. Nadie de por aquí. Nadie a quien haya visto antes. Era un

hombre.

—¿Cómo se veía?

La pregunta llegó como una bala. La señora O'Reilly quedó bastante sorprendida.

—Oscuro. Muy oscuro —añadió—. Vino y se fue tan rápido que no pude ver bien su cara...

—¿Dejó algún mensaje? —la interrumpió el coronel.

Ella dudó.

—Pregunté si dejó algún mensaje —tronó.

—Ningún mensaje, señor, ninguno en absoluto. Y se fue antes de que pudiera obtener su nombre y dirección, señor, pero creo que era una especie de hombre negro, o puede haber sido la oscuridad de la noche; no podría decirlo con certeza, señor.

En un minuto más se habría echado a llorar o se habría desmayado, tal era el terror que sentía hacia su jefe. El coronel, sin embargo, le tendió bruscamente el paquete medio abierto. No la interrogó ni la maldijo como ella esperaba. Habló con esa brusquedad que delata ira y ansiedad, casi angustia.

—Llévatelo y quémalo —ordenó con su voz militar—. O tira esa maldita cosa a la basura.

Casi se lo arrojó, como si no quisiera tocarlo.

—Si el hombre regresa —ordenó con voz de acero—, dile que ha sido destruido y que no me llegó —puso énfasis en las palabras finales—. ¿Entiendes?

—Sí, señor —y se dio la vuelta y salió tambaleándose, sosteniendo el paquete con cautela en sus brazos, como si contuviera algo que pudiera morder o picar.

Sin embargo, su miedo de alguna manera había disminuido. Si el coronel trató el paquete con tanto desprecio, ¿por qué debería tenerle miedo? Una vez sola en su cocina, lo abrió. Apartó los gruesos envoltorios de papel, se sobresaltó y, un poco decepcionada, se encontró mirando una hermosa muñeca con cara de cera que se podía comprar en cualquier juguetería por un chelín y seis peniques.

¡Una muñequita común y corriente! Su rostro era blanco, inexpresivo, su cabello rubio estaba sucio, sus pequeñas manos y dedos deformes yacían inmóviles a los costados, su boca estaba cerrada, aunque de alguna manera sonreía; no se veían dientes y sus

pestañas parecían un cepillo gastado. Toda su presentación era despreciable, inofensiva, incluso fea. ¡Una muñeca! Se rió y todo el miedo se evaporó.

«Dios mío —pensó—. El amo debe tener una conciencia podrida». ¡Y peor que eso! Ella le tenía demasiado miedo para despreciarlo; su sentimiento probablemente era más bien lástima. «En cualquier caso» —reflexionó—, esperaba otra cosa, no una muñeca de dos peniques y medio.» Su cálido corazón casi sintió lástima por él.

Sin embargo, en lugar de «tirar esa maldita cosa o quemarla», porque era una muñeca bastante bonita, se la regaló a Mónica, y Mónica, como tenía pocos juguetes nuevos, la adoró al instante, prometiendo fielmente, tal como le advirtió gravemente la señora O'Reilly, que nunca le dejaría saber a su padre que la tenía.

Su padre, el coronel, era lo que se llama un hombre «decepcionado», un hombre cuyo destino lo obligó a vivir en un entorno que detestaba, probablemente desilusionado con su carrera, posiblemente también con el amor. Pero Mónica era una hija amada.

Era un tipo silencioso y amargado, sólo eso, y no tan antipático en el vecindario como incomprendido. Lo consideraban un hombre sombrío, con su rostro oscuro y surcado de arrugas y sus maneras silenciosas. Sin embargo, «oscuro» en los suburbios significaba misterioso, y «silencioso» invitaba a la fantasía femenina. Es el hombre franco y de pelo color maíz el que invita a la simpatía y al comentario generoso. Sin embargo, disfrutaba de su Bridge y fue aceptado como un jugador de primera clase. Por eso salía todas las noches y rara vez regresaba antes de medianoche. Evidentemente era bienvenido entre los jugadores. El hecho de tener una niña en casa suavizaba su imagen. Mónica, aunque rara vez era vista, atraía a las mujeres del barrio, y «cualquiera que sea su origen», decían las malas lenguas, «él la ama».

Para Mónica, en su vida sin juegos ni juguetes, la muñeca era su nuevo tesoro. El hecho de que fuera un regalo secreto de su padre aumentaba su valor. Muchos otros regalos le habían llegado así; ella no pensaba en ello; sólo que nunca antes le había regalado una muñeca y eso significaba éxtasis. Nunca, nunca traicionaría su placer y deleite; debería seguir siendo un secreto de ella y de él; y eso hizo que lo amara aún más.

Amaba a su padre, su silencio taciturno era algo que vagamente respetaba y adoraba. Eso es propio de papá, decía siempre cuando llegaba un regalo nuevo y extraño, y sabía instintivamente que nunca debía decir gracias, porque eso era parte del encantador juego entre ellos. Pero esta muñeca era excepcionalmente maravillosa.

—Es mucho más real y viva que mis ositos de peluche —le dijo a la cocinera después de examinarla críticamente.

—¿Qué te hizo pensar en ello?

—¡Por qué me habla! —y abrazó y acarició el juguete medio deformado—. Es mi bebé —gritó, poniéndola contra su mejilla.

Ningún osito de peluche podría ser realmente un niño, mientras que una muñeca era un bebé en potencia. Traía dulzura, como comprendieron tanto la cocinera como la institutriz, a una casa bastante sombría, esperanza y ternura, un sabor casi maternal, algo que ningún oso podría aportar. Un niño, un bebé humano. Y, sin embargo, tanto la cocinera como la institutriz (pues ambas estuvieron presentes en el parto) recordaron más tarde que Mónica abrió el paquete y reconoció la muñeca con un grito de salvaje deleite que parecía casi un grito de dolor. Había una nota demasiado alta de júbilo, como si algún horror instintivo de repulsión fuera sofocado y borrado en un torbellino de alegría abrumadora. Fue Madame Jodzka quien recordó, mucho después, esta singular contradicción.v

—Pensé que ella le gritó, ahora me lo preguntas —admitió la señora O'Reilly más tarde, aunque en ese momento lo único que dijo fue: «Oh, cariño, cariño, ¿no es bonita?» . Lo único que dijo Madame Jodzka fue: «Si le tapas la boca así no podrá respirar».

Mientras Mónica, sin prestar atención a ninguna de las dos, se puso a abrazar a la muñeca con éxtasis.

Una muñequita barata, de pelo rubio y cara de cera.

Que un caso tan extraño nos llegue de segunda mano es una lástima; que gran parte de la información llegue hasta nosotros a través de una cocinera, una criada y un extranjero, es igualmente desafortunado. Se necesitaría la lente de los grandes telescopios para definir exactamente dónde los hechos relatados se arrastran hacia lo increíble y de allí a lo fantástico. Con la vista puesta en el telescopio, el hilo de una telaraña en Nueva Zelanda parece grueso como una cuerda; pero cuando el ojo examina los informes de segunda mano, el hilo se convierte en un punto impreciso.

La institutriz polaca, la señora Jodzka, salió de casa de forma bastante brusca. Aunque Mónica la adoraba y el coronel Masters la aceptaba, se fue poco después de la llegada de la muñeca. Era una viuda joven, atractiva, de nacimiento y crianza, discreta, comprensiva. Adoraba a Mónica y Mónica estaba feliz con ella; temía a su patrón, pero tal vez lo admiraba en secreto como alguien fuerte, silencioso y dominante. Él le dio una gran libertad que ella nunca tomó. La paga era buena y ella la necesitaba. Entonces, de repente, se fue. En lo repentino de su partida, así como en la extraña razón que dio para irse, se encuentran sin duda los primeros indicios de este notable asunto, que se arrastra a través de esa frontera hacia lo increíble y lo fantástico.

Dijo que estaba demasiado asustada para quedarse otra noche. Se fue con veinticuatro

horas de antelación. Su razón era absurda, aunque comprensible, porque cualquier mujer podría sentirse asustada en una casa así. Tonto o no, esto es comprensible. Una *idie fixe*, una obsesión, una vez alojada en la mente de una mujer supersticiosa y, por lo tanto, históricamente favorecida, no puede ser desalojada mediante argumentos. Puede que sea absurda, pero es comprensible.

La historia detrás del motivo del repentino terror de Madame Jodzka es otra cuestión, y es mejor contarla de manera bastante simple. Se relaciona con la muñeca. Ella juró por todos sus dioses que vio a la muñeca caminando sola. Caminaba de manera desarticulada y espantosa sobre la cama en la que dormía Mónica.

A la luz de la luna, madame Jodzka juró que vio esto. Estaba mirando a través de la puerta entreabierta, en otras palabras: espiando, como lo dictaban su costumbre y su deber, para ver si todo estaba bien con la niña antes de irse a la cama. La luz, aunque débil, era clara. Lo primero que llamó su atención fue un movimiento brusco sobre la colcha, pues un objeto pequeño parecía moverse torpemente sobre su resbaladiza superficie de seda. Algo rodando, posiblemente, algún objeto que Mónica había dejado afuera al quedarse dormida, rodando mecánicamente mientras la niña se movía o se daba vuelta.

Después de mirar durante unos segundos, vio que no era simplemente un «objeto», ya que no tenía un contorno vivo, ni rodaba mecánicamente, ni se deslizaba, como había imaginado al principio. Eran pasos horribles, pasos pequeños pero deliberados, como si estuvieran vivos. Tenía una cara diminuta y espantosa, una carita inexpresiva, y la cara tenía ojos... ojos pequeños, brillantes, y los ojos miraban directamente a madame Jodzka.

Ella observó durante unos segundos, estupefacta, y luego, de repente, se dio cuenta, con un shock de horror absoluto, que este pequeño monstruo intencional era la muñeca, ¡la muñeca de Mónica! Y esta muñeca avanzaba hacia ella a través de la superficie caída de la colcha. Venía en su dirección, directamente hacia ella.

Madame Jodzka se contuvo, física y mentalmente, haciendo un gran esfuerzo para negar lo anormal, lo increíble. Negó el hielo en sus venas y bajando por su columna. Oró. Pensó en su sacerdote en Varsovia. Sin hacer ningún sonido, gritó en su mente. Pero la muñeca, acelerando el paso, se acercó cojeando hacia ella, con los ojos vidriosos fijos en los suyos.

Entonces la señora Jodzka se desmayó.

Se dio cuenta de que esta historia no encajaba, porque se la confió sólo al cocinero en cautelosos susurros, mientras le daba a su empleador una historia más lógica sobre una muerte familiar que la obligaba a regresar a Varsovia.

Al recobrar el conocimiento había recobrado su valor, y había hecho algo extraordinario; se había obligado a sí misma a investigar. Fortalecida por su religión, se obligó a someterse a un examen. Había entrado de puntillas en la habitación, se había asegurado de que Mónica dormía tranquilamente y de que la muñeca yacía —inmóvil— a mitad de camino sobre la colcha. Le dirigió una mirada larga y concentrada. Sus ojos sin párpados, bordeados por pestañas negras horriblemente ridículas, estaban fijos en el espacio. Su expresión no era tanto inocente como claramente estúpida, idiota, una máscara de muerte que imitaba simulaba la vida donde la vida nunca podría existir. No sólo era fea, sino repugnante.

Madame Jodzka, sin embargo, hizo más que estudiar aquel rostro con concentración. Con admirable valor se obligó a tocar al pequeño horror. De hecho, lo recogió. Su fe, su profunda convicción religiosa negaban la evidencia de sus sentidos. Se forzó a creer que no había visto movimiento. Era increíble, imposible. Esta persuasión, en cualquier caso, duró lo suficiente como para permitirle tocar el repulsivo juguete y levantarlo. Lo colocó firmemente sobre la mesa cerca de la cama, entre el cuenco de flores y la lámpara de noche, donde yacía boca arriba, indefenso, inocente, pero horrible, y sólo entonces, con las piernas temblorosas, salió de la habitación y se acercó a su propia cama. Que sus dedos permanecieran helados hasta que finalmente se durmió puede explicarse con demasiada facilidad y naturalidad.

Imaginario o real, debe haber sido un espectáculo horrible: una silueta mecánica caminando como un ser vivo, un ser con un propósito. Tiene el toque de una pesadilla. Para madame Jodzka, protegida desde joven entre principios de hierro, fue un shock. Y un shock disloca. La visión destrozó todo lo que conocía como posible y real. El flujo de su sangre fue interrumpido, se congeló. Por un momento se desmayó. Y el desmayo parece un resultado natural. Amaba a Mónica, al margen de cualquier consideración. La visión de esta pequeña monstruosidad pavoneándose sobre la colcha, no lejos del rostro dormido y las manos cruzadas de la niña, fue lo que le permitió levantarla y ponerla fuera de su alcance.

Durante horas, antes de quedarse dormida, repasó lo increíble, negando alternativamente los hechos y aceptándolos, pero finalmente se quedó dormida con la convicción de que sus sentidos no la habían engañado.

—Lo siento —dijo el coronel Masters refiriéndose a su duelo—. Mónica te extrañará. Ella te necesita —añadió con una de sus raras sonrisas.

Entonces, justo cuando ella se daba la vuelta, él de repente extendió su mano.

—Si quieres volver, házmelo saber. Tu influencia es muy buena.

Murmuró una frase que contenía una promesa, pero se fue con la extraña impresión de que no era sólo Mónica quien la necesitaba. Deseó que él no hubiera usado esas

palabras. Una sensación de vergüenza la invadía, casi como si estuviera huyendo del deber, o al menos de la oportunidad de ayudar que Dios le había puesto en el camino.

Ya en el tren y en el barco la conciencia la atacó, mordiendo, arañando, royendo. Había abandonado a una niña que amaba, un niño que la necesitaba, porque estaba muerta de miedo. No, esa era una declaración unilateral. Había abandonado una casa porque el diablo había entrado en ella. No, eso era sólo parcialmente cierto. Cuando un temperamento histérico, engendrado desde la más tierna infancia en dogmas fijos, comienza a cribar hechos y a analizar reacciones, la lógica y el sentido común se confunden. El pensamiento la llevó por un lado, la emoción por otro.

Había escapado de Varsovia y su padrastro no recibiría con agrado su regreso. Sin embargo, tal vez fuera más fácil enfrentarse a la ira egoísta de un padrastro que ir a decirle al coronel Masters la verdadera razón por la que dejó su servicio. Su conciencia también la preocupaba por otro motivo, mientras pensamientos y recuerdos viajaban hacia atrás y emergían detalles medio olvidados.

Esas manchas de sangre, por ejemplo, mencionadas por la señora O'Reilly, la supersticiosa cocinera irlandesa. Se había impuesto como norma ignorar los tontos cuentos de hadas de la señora O'Reilly, pero ahora recordó aquellos comentarios que la cocinera y la criada habían dejado pasar.

—Pero en una muñeca no hay pintura, te lo aseguro. Todo es aserrín, cera y porquería —dijo la criada.

—Reconozco la pintura roja cuando la veo, y eso no es pintura, es sangre.

—¡Madre de Dios, otra mancha roja! Se está mordiendo las uñas... y ese no es mi trabajo...

Las manchas rojas en las sábanas y en las fundas de las almohadas resultaban desconcertantes, pero la señora Jodzka, que había oído estas palabras por casualidad, no les había prestado especial atención en aquel momento. Las listas de lavandería no eran asunto suyo. Sin embargo, en el tren, esas manchas rojas, ya fueran pintura o sangre, regresaron para preocuparla.

Otra cosa le preocupaba: la sensación de que estaba abandonando a un hombre que necesitaba ayuda, una ayuda que ella podía brindarle. Era demasiado vago para expresarlo con palabras. Era una intuición, y pocas intuiciones merecen análisis. Sin embargo, lo respaldaba una convicción que había sentido desde que entró al servicio del coronel Masters: la convicción de que él tenía un pasado que lo asustaba. El hombre había hecho algo de lo que se arrepentía y de lo que probablemente se avergonzaba, algo por lo que temía represalias. Además, esperaba una retribución; un castigo que vendría como un ladrón en la noche y lo agarraría por el cuello.

Su mente funcionaba así; y si una admiración oculta por este hombre sombrío y misterioso, una admiración y un instinto protector nunca admitidos ni siquiera en lo más íntimo, existían debajo de la superficie, sigue siendo un secreto de su corazón.

Era natural y acorde con la naturaleza humana que después de algunas semanas de la conducta escandalosa de su padrastro, y también de su crueldad, ella decidiera regresar. Rezaba incesantemente a sus dioses y también encontraba opresiva su sensación del deber descuidado.

Regresó a la villa suburbana. La bienvenida de Mónica fue comprensible, y el alivio y el placer del coronel Masters lo fueron aún más. Esto último lo expresó sólo en un mensaje cortés, redactado con tacto, como si simplemente se hubiera ido por una breve necesidad, ya que pasaron algunos días antes de que ella lo viera para hablar con él. Por parte de la cocinera y la criada la bienvenida fue voluble e inquietante. No hubo más manchas rojas, pero sí otros sucesos inexplicables.

—Te ha extrañado muchísimo —dijo la señora O'Reilly—, aunque ha encontrado algo más para mantenerla callada, si quieres decirlo de esa manera.

Hizo la señal de la cruz.

—¿La muñeca? —preguntó madame Jodzka con un sobresalto de horror y sorpresa, obligándose a hablar con ligereza y despreocupación.

—Sí, señora. La muñeca sangrante.

La institutriz ya había oído esto muchas veces, pero no sabía si tomarlo en sentido figurado o no. Eligió lo último.

—¿Sangre? —preguntó en voz baja.

El cuerpo de la cocinera dio una extraña sacudida.

—Bueno —explicó—. Me refiero más a la forma en que sucede. Como una cosa de carne y hueso, si me entiende. Y la forma en que ella la trata y juega, y su voz... tiene un tono de miedo en alguna parte.

—Los arañazos no son prueba de nada —intervino la criada con desdén.

—¿Quiere usted decir —preguntó gravemente madame Jodzka— que algo la ha lastimado?

Ella reprimió un grito, pero no prestó atención a la interrupción de la criada. La

señora O'Reilly parecía agitada.

—Ya no es la señorita Mónica —anunció en un susurro desafiante tan pronto como se recuperó—, es otra persona. Alguien más.

—¿Alguien más? —repitió la señora Jodzka casi para sí.

—¡Maldita sea! —intervino la criada—. ¡Gracias a Dios no soy cristiana ni nada por el estilo! Pero una noche oí esos pasos entrecortados, lo admito, y la muñeca parecía más grande, como hinchada, cuando me asomé y miré...

—¡Basta! —gritó la señora O'Reilly—. No están diciendo todo lo que saben.

Se volvió hacia la institutriz.

—Basta de hablar de esa muñeca. No significa nada, igual que todos los cuentos de hadas con los que me criaron.

—La señorita Mónica no tiene ningún problema, señora. Puede estar muy segura de ella. Cualquier problema que pueda haber es para otra persona —y nuevamente se santiguó.

Madame Jodzka, en la intimidad de su habitación, reflexionaba entre oraciones. Sintió una inquietud profunda y espantosa. ¡Una muñeca! Un juguete barato y de mal gusto fabricado en serie para que jueguen los niños. Pero ...

—La manera en que ella la trata y juega —sonó en su mente perturbada.

¡Una muñeca! Un juguete patético, incluso horrible, pero ver a una niña ocupada con ella implicaba profundas reflexiones. La niña acaricia su muñeca con amor apasionado, la cuida, busca su bienestar, pero la mete en el cochecito, con la cabeza y el cuello torcidos, las extremidades rotas y contorsionadas, dejándola atrozmente boca abajo mientras corre hacia la ventana para ver si ha dejado de llover. Un automatismo ciego y espantoso dictado por la Raza, siempre que nada de interés más inmediato interfiera, pero un instinto que supera todos los obstáculos, su vitalidad insuperable. El instinto de maternidad desafía e incluso niega la muerte. La muñeca, ya sea dejada boca abajo en el suelo, con los dientes rotos y los ojos arruinados, o arreglada con amor para ser cubierta durante la noche, aplastada, torturada, mutilada, sobrevive a todas las crueldades y desastres, y afirma finalmente sus cualidades inmortales. Es imposible de matar. Está más allá de la muerte.

Una niña con su muñeca, reflexionó Madame Jodzka, es un epítome de la pasión implacable e invencible de la naturaleza, de su propósito dominante: la supervivencia de la raza.

Tales pensamientos, influenciados quizás por su agravio subconsciente contra la naturaleza por privarla de un hijo propio, no pudieron mantener ese nivel por mucho tiempo; pronto volvieron al caso concreto: Mónica y su muñeca idiota, ciega y de cabello rubio. Esa noche no la soñó, y se despertó renovada y vigorosa, afrontando el hecho de que tarde o temprano, probablemente más temprano, tendría que hablar con su empleador.

Durante su tarde libre disfrutó del cine local, saliendo del edificio climatizado con la convicción de que las fantasías coloreadas entorpecían las facultades y que la vida ordinaria era en sí misma prosaica. Sin embargo, antes de haber recorrido media milla hasta la casa, su profunda e inexplicable inquietud regresó con poder abrumador.

La señora O'Reilly había acompañado a Mónica a acostarse y fue aquella quien la dejó entrar. Su cara era como la de una muerta.

—Ha estado hablando —susurró la cocinera, incluso antes de cerrar la puerta. Estaba pálida.

—¿Hablando? ¿Quién ha estado hablando? ¿Qué quieres decir?

La señora O'Reilly cerró la puerta suavemente.

—Ambas —afirmó con énfasis dramático, luego se sentó y se secó la cara. Parecía angustiada por el miedo.

Madame tomó el mando, aunque sólo fuera un mando basado en una terrible inseguridad.

—¿Ambas? —repitió en voz deliberadamente alta, como para contrarrestar el susurro de la otra—. ¿De qué estás hablando?

—Ambas han estado hablando... hablando juntas —afirmó la cocinera.

La institutriz guardó silencio por un momento, luchando por negar un corazón que se encogía.

—¿Las has oído hablar, quieres decir? —preguntó con voz que intentaba ser normal.

La señora O'Reilly asintió, mirando por encima del hombro mientras lo hacía. Sus nervios, obviamente, estaban hechos jirones.

—Pensé que nunca volverías —gimió—. Apenas podía quedarme en la casa.

Madame la miró fijamente.

—¿Escuchaste...? —preguntó en voz baja.

—Escuché en la puerta. Había dos voces. Diferentes voces.

Madame Jodzka no insistió ni interrogó, como si un miedo agudo la ayudara a adquirir una mayor sabiduría.

—¿Quiere decir, señora O'Reilly —dijo en tono tranquilo— que escuchaste a la señorita Mónica hablar con su muñeca como siempre lo hace, y a ella misma inventar las respuestas de la muñeca con otra voz? ¿Es eso lo que quieres?

La señora O'Reilly se santiguó y meneó la cabeza.

—Suba ahora y escuche conmigo, señora, y juzgue usted misma.

Poco después de medianoche, cuando Mónica ya hacía tiempo que dormía, la cocinera y la institutriz se sentaron frente a la puerta del dormitorio de una niña. Era una noche tranquila y sin viento. El coronel Masters, a quien ambas temían, hacía tiempo que se había ido a su habitación en otro rincón de la desgarrada villa. Debió haber sido una espera larga y lúgubre antes de que los ruidos en el dormitorio de la niña se hicieran audibles: el sonido bajo y silencioso de voces hablando. Dos voces. Un sonido reservado y desagradable en la habitación donde Mónica dormía plácidamente con su querida muñeca.

Ambas mujeres se sentaron muy erguidas, se persignaron involuntariamente, intercambiando miradas. Ambas estaban desconcertadas, aterrorizadas.

En mente supersticiosa de la señora O'Reilly volvieron los dioses de la vieja Irlanda. Los pensamientos de la mujer polaca eran claros como una campana: no eran dos voces hablando, era sólo una. Su oreja estaba pegada a la rendija de la puerta. Escuchó atentamente. Temblando hasta los huesos, escuchó. Recordó que las voces mientras hablaban en sueños cambiaban de manera extraña.

—La niña habla sola mientras duerme —susurró con firmeza—. Es eso, señora O'Reilly. Sólo habla en sueños —repitió a la mujer que se apretujaba contra su hombro—. ¿Puedes oírla? ¿No es siempre la misma voz? Escucha atentamente y verás que tengo razón.

Escuchó más atentamente que antes.

—¡Escucha! Escucha! —repitió en un susurro sin aliento, concentrando su mente en el curioso sonido—. ¿No es esa la misma voz que se responde sola?

Sin embargo, mientras escuchaba, otro sonido perturbó su concentración, y esta vez parecía un sonido que venía desde atrás de ella: un sonido débil, susurrante, arrastrado, como pasos que se alejaban de puntillas. Giró bruscamente y descubrió que no había estado susurrando a nadie. No había nadie a su lado. Estaba sola en el pasillo a oscuras. La señora O'Reilly se había ido.

Una voz se elevó en un grito ahogado debajo de las escaleras oscuras:

—¡Madre de Dios y todos los santos!

Exactamente como en los libros de cuentos, se escuchó otro sonido que la dejó sin aliento aún más horrorizada: el ruido de una llave en la puerta principal de abajo.

Entonces el coronel Masters aún no había entrado ni se había acostado como pensaba: estaba llegando ahora. ¿Tendría tiempo la señora O'Reilly de cruzar el pasillo antes de que él la atrapara? O peor, ¿vendría y echaría un vistazo al dormitorio de Mónica? Madame Jodzka escuchaba con los nervios destrozados. Lo oyó arrojar su abrigo. Era un hombre rápido en tales acciones. El bastón o el paraguas se golpeaban ruidosamente y a toda prisa. En el mismo instante sonaron sus pasos en las escaleras. Estaba subiendo. Un minuto más y entraría en el pasillo donde ella estaba acurrucada contra la puerta de Mónica.

Estaba subiendo rápidamente, de dos en dos escalones.

Ella también fue rápida en decisión y acción. Que la sorprendieran agachada afuera de la puerta era ridículo, pero que la sorprendieran dentro de la habitación sería natural y explicable. Actuó de inmediato.

Con el corazón palpitante abrió la puerta del dormitorio y entró. Un segundo después oyó los pasos del coronel Masters mientras avanzaba con paso vacilante por el pasillo. Pasó la puerta. Continuó. Oyó esto con intenso alivio.

Dentro de la habitación, con la puerta cerrada detrás de ella, vio la imagen claramente.

Mónica, profundamente dormida, jugaba con su querida muñeca. Sin duda estaba dormida. Sus dedos, sin embargo, acariciaban la muñeca de un lado a otro. La niña murmuraba, aunque no se distinguían las palabras. Suspiros y gemidos ahogados surgieron de sus labios. Hubo otro sonido más, aunque no pudo haber salido de la boca de la niña. ¿De dónde vino entonces?

Madame Jodzka hizo una pausa, conteniendo la respiración. Observó y escuchó atentamente. Oyó chirridos y gruñidos. Un momento de examen la convenció de dónde

procedían. No de los labios de Mónica. Indudablemente surgieron de la muñeca que ella agarraba y retorció en su sueño. Las articulaciones, mientras Mónica las torcía, emitían esos extraños sonidos, como si el aserrín de las rodillas y los codos jadeara ante el roce antinatural. Evidentemente, Mónica no era consciente de estos ruidos. A medida que el cuello de la muñeca giraba, el material (cera, hilo, aserrín) producía ese curioso sonido chirriante que era casi como las sílabas de una palabra.

Madame Jodzka miraba fijamente y escuchaba. Sintió un frío helado. Buscaba una explicación natural pero no encontró ninguna. La oración y el terror la invadieron atropelladamente. Su piel empezó a sudar.

Entonces, de repente, Mónica, con expresión serena, se dio vuelta, y la espantosa muñeca cayó a un lado sobre la cama y quedó aparentemente sin vida e inerte. En ese momento, ante los oídos incrédulos pero horrorizados de Madame Jodzka, continuó chillando y emitiendo sonidos. Continuó hablando sola. Peor aún, se enderezó abruptamente, levantándose sobre sus patas retorcidas. Empezó a moverse, a caminar torpemente sobre la colcha. Sus ojos vidriosos y ciegos parecían mirarla directamente. Presentaba un cuadro inhumano y espantoso, un cuadro de lo absolutamente increíble.

Con un movimiento extraño de sus piernas y articulaciones rotas, se acercó a ella, dando tumbos y tropezando sobre el áspero desnivel de la colcha. Los sonidos, como de sílabas, vinieron con ella: sílabas extrañas y sin significado que aun así lograron transmitir ira. Tropezó hacia ella como un ser vivo. Toda su presentación transmitía agresión.

Una vez más, este juguete que imitaba la vida provocó el colapso de la valiente institutriz polaca. Un torrente de sangre sin control vació su corazón, y sobrevino un momento de inconsciencia, de modo que todo, por así decirlo, se volvió negro.

Esta vez el momento de oscura inconsciencia iba y venía, hasta que la reacción se apoderó de ella como una tormenta. Al recobrar la conciencia, una repentina rabia se adueñó de su corazón: ¿tal vez una rabia de cobarde, una furia exagerada contra su propia debilidad? En cualquier caso, se apresuró a ayudar. Se tambaleó, contuvo el aliento, se agarró violentamente al armario que tenía al lado y recuperó el autocontrol. Una furia de resentimiento ardió a través de ella, furia contra esta exhibición absolutamente increíble de una muñeca de cera caminando y graznando como si fuera algo inteligentemente vivo que pudiera pronunciar sílabas. Sílabas, estaba convencida, en un idioma que no conocía.

Si lo monstruoso puede paralizar, también puede ofender. La vista y el sonido de este juguete barato, comportándose con voluntad y corazón propios, la impulsaron a un acto de violencia que se volvió imperativo. Era más de lo que podía soportar. Irresistiblemente, corrió hacia adelante. Se arrojó contra él, su única arma disponible fue el zapato de tacón que su pie soltó en el instante. Estaba decidida a destrozar la

espantosa aparición en fragmentos o aniquilarla. Histórica, sin duda, pero lógica aún: pensó que el horror impío debía ser borrado de la existencia, destruido más allá de toda posibilidad de supervivencia. Había que hacerlo pedazos, convertirlo en polvo.

Permanecieron cerca, cara a cara, con los ojos vidriosos mirándose, con la mano en alto para la destrucción que ansiaba, pero la mano no cayó. Un dolor punzante, agudo como la mordedura de una serpiente, atravesó sus dedos, muñeca y brazo, su agarre rompió el zapato, que rodó de lado por la habitación. A la luz parpadeante de la vela le pareció que toda la habitación se estremeció. Parálisis e impotencia, se quedó completamente horrorizada. ¿Qué dioses o santos podrían venir a ayudarla? Ninguno. Sólo su propia voluntad podía ayudarle. Algún esfuerzo, al menos, hizo, temblando, al borde del colapso: «¡Dios mío!», oyó que susurraba. «¡No es verdad! ¡Eres una mentira! ¡Mi Dios te negó! ¡Invoco a mi Dios!»

Entonces, para mayor horror, la espantosa muñequita, con el brazo roto, graznó, como si le diera una respuesta definitiva a las extrañas sílabas inconexas que ella no podía entender, aunque en otra lengua. En el mismo instante se desplomó sobre la colcha, como un globo de juguete al que hubieran pinchado. Se redujo a una cosa mutilada cuando Mónica se agitó incómodamente al darse vuelta y estirar las manos como buscando algo. Esta visión de la inocente niña dormida buscando instintivamente un mal incomprensible, algo peligroso que la atraía, resultó insoportable para la mujer polaca.

La oscuridad intervino por segunda vez.

Lo que siguió fue un borrón en la memoria, algo que demostró ser demasiado para el sentido común. Ella simplemente recordó una acción violenta e irracional de su parte antes de regresar a una conciencia más clara en su propia habitación, de rodillas contra su propia cama. El intervalo de tránsito por el pasillo y las escaleras permaneció en blanco. Sin embargo, su zapato estaba con ella, apretado con fuerza en su mano. Y también recordaba haber agarrado con dedos frenéticos una muñeca de cera, haber aplastado su pequeño y horrible cuerpo hasta que el aserrín salió a borbotones de sus articulaciones rotas y su diminuto cuerpo quedó mutilado hasta quedar irreconocible.

Luego lo dejó sin piedad sobre una mesa, lejos del alcance de Mónica, mientras la niña yacía pacíficamente en un sueño profundo. También vio la imagen clara del pequeño monstruo tendido boca abajo, tremendamente desarticulado, en una pose obscena de su endeble vestido y sus extremidades expuestas, inmóvil, con los ojos torcidos y brillantes, inmóvil, pero vivo todavía, vivo además con un intenso propósito maligno.

Sabía que era esencial tener una conversación con su empleador; su conciencia, su tranquilidad, su cordura, su sentido del deber, todo lo exigía. Nunca se arriesgaría a hablar con la niña. El peligro estaba ahí, el peligro de insembrar algo en la mente

infantil que era mejor ignorar. Pero con el coronel Masters, que le pagaba por sus servicios, que creyó en su integridad, que confió en ella, con él debía hablar.

Una entrevista era absurdamente difícil; en primer lugar porque él detestaba y evitaba tales ocasiones; en segundo lugar, porque era extremadamente resistente al acercamiento y rara vez era visible. Por la noche llegaba tarde, por la mañana nadie se atrevía a acercarse a él. Esperaba que la pequeña casa, una vez establecida su rutina, funcionara sola. La única que se atrevió a enfrentarse a él fue la señora O'Reilly, que una vez cada seis meses entraba directamente a su estudio, daba aviso, recibía un complemento a su salario y luego lo dejaba solo durante otros seis meses.

A la mañana siguiente, madame Jodzka lo abordó en el vestíbulo, mientras Mónica estaba acostada. Él estaba saliendo y ella había estado observando desde el rellano superior. Apenas lo había visto desde su regreso de Varsovia. Su figura esbelta y erguida, su rostro oscuro y sin emociones, le parecían magníficos. Era la expresión perfecta del soldado. Su corazón dio un vuelco mientras corría escaleras abajo. Sus frases, cuidadosamente preparadas, se evaporaron cuando él se detuvo y la miró, y en su lugar brotó un revoltijo de palabras descabelladas en un inglés confuso. Él interrumpió su galimatías, aunque al principio escuchó con bastante educación.

—Me alegra mucho que hayas podido volver con nosotros. Mónica te extrañó mucho...

—Ahora tiene algo con lo que juega...

—Sin duda el tipo de juguete que ella necesita... —la interrumpió—. Confío en tu excelente criterio... Por favor, dime si hay algo más...

—Es algo horrible... horrible...

El coronel Masters soltó una de sus raras risas.

—Por supuesto, todos los juguetes son horribles, pero si ella está contenta... No lo he visto. No soy juez... Si puedes comprar algo mejor —y se encogió de hombros.

—Alguien lo trajo —gritó—. Emite sonidos por sí solo: sílabas. Lo he visto moverse, moverse solo. Es una muñeca.

Él se apartó de la puerta principal como si le hubieran disparado; la piel adquirió una repentina palidez bajo el rubor. Algo contradecía los ojos llameantes, algo que parecía encogerse.

—Una muñeca —repitió en voz muy baja—. ¿Dijiste una muñeca?

Sus ojos y su rostro la desconcertaron, de modo que se limitó a contar torpemente la

historia del paquete que le habían traído. ¿El mismo paquete cuya destrucción había ordenado estrictamente?

—¿No fue así? —preguntó en un susurro áspero, como si una orden desobedecida pareciera increíble.

—Creo que lo tiraron a la basura —evadió ella, incapaz de mirarlo a los ojos, ansiosa por proteger también a la cocinera—. Creo que Mónica lo encontró.

Despreciaba su falta de coraje. Era consciente, además, de un extraño deseo de no causarle dolor, como si estuvieran en juego su seguridad y su felicidad, no las de Mónica.

—¡Habla! ¡La muñeca habla! —gritó desesperadamente, obligándose por fin a mirarlo.

El coronel Masters pareció ponerse rígido; su aliento se cortó extrañamente.

—¿Dices que Mónica lo tiene? ¿Juega con él? ¿Has visto movimiento y escuchado sonidos como sílabas? —hizo las preguntas en voz baja, casi como si hablara solo—. ¿Has... escuchado?

Incapaz de encontrar palabras convincentes, ella inclinó la cabeza, mientras algo de terror la invadía como una ráfaga de viento helado. El hombre tenía miedo en su corazón. Sin embargo, en lugar de dar una respuesta explosiva, a modo de reproche o crítica, habló en voz baja, incluso con calma:

—Hiciste bien en venir a decirme esto... muy bien —y añadió, en un tono tan bajo que ella apenas captó las palabras—, pues había estado esperando algo así... tarde o temprano... tenía que suceder...

La voz se apagó en el pañuelo que se puso en la cara.

Y entonces, de repente, como si fuera consciente de un llamado a la simpatía, una reacción emocional arrasó su miedo. Acercándose, miró a su empleador directamente a los ojos.

—Vea a la niña usted mismo. Venga y escucha conmigo. Venga al dormitorio.

Ella lo vio tambalearse. Por un momento no dijo nada.

—¿Quién —preguntó entonces con voz baja y temblorosa—, quién trajo ese paquete?

—Un hombre.

Hubo una pausa que parecieron minutos antes de su siguiente pregunta.

—¿Blanco?

—Oscuro. Muy oscuro.

Temblaba como una hoja, la piel de su rostro palidecía; se apoyó contra la puerta, marchito, flácido; a menos que tomara el mando, amenazaba con un colapso que no deseaba presenciar.

—Vendrás conmigo esta noche —dijo con firmeza—, y escucharemos juntos. Esta noche nos encontramos en el pasillo fuera del dormitorio. Allí estaré. Doce y media.

La miró fijamente, haciendo un movimiento con la cabeza, mitad reverencia, mitad asentimiento.

—Doce y media —murmuró—, en el pasillo frente a la puerta del dormitorio.

Abrió la puerta y salió al camino de entrada. Ella lo vio alejarse, consciente de su miedo, consciente también de que observaba el andar de un hombre demasiado preocupado, demasiado asustado incluso para pensar en Dios.

La señora Jodzka no había cenado. Se quedó en su habitación, orando. Primero había acostado a Mónica.

—Mi muñeca —suplicó la niña después de haber sido arrojada—. Necesito tener mi muñeca o nunca podré dormir.

La señora Jodzka la había traído con dedos reacios, colocándola en la mesita de noche al lado de la cama.

—Aquí dormiré muy cómodamente, Mónica. ¿Por qué no dejarla fuera de las sábanas?

La habían remendado cuidadosamente, notó, con alfileres y puntos.

La niña la agarró.

—La quiero en la cama a mi lado, cerca de mí —dijo con una sonrisa feliz—. Nos contamos historias. Si está demasiado lejos no puedo oír lo que dice.

Y la sostuvo un placer que hizo que el corazón de la mujer se helara.

—Por supuesto, cariño, si te ayuda a conciliar el sueño la tendrás.

Mónica no vio los dedos temblorosos, no notó el horror en el rostro y la voz. De hecho, apenas la muñeca estuvo contra su mejilla, sobre la almohada, sus dedos medio acariciando el cabello rubio y el rostro de cera, sus ojos se cerraron, exhaló un suspiro y se quedó dormida.

La señora Jodzka, temerosa de mirar detrás de ella, se acercó de puntillas a la puerta y salió de la habitación. En el pasillo se secó el sudor frío de la frente.

—Dios la bendiga y la proteja —murmuró su corazón—, y que Dios me perdone si he pecado.

Ella acudió a la cita; sabía que el coronel Masters también lo haría.

Había sido una larga espera desde las ocho hasta pasada la medianoche. Con gran determinación se había mantenido alejada de la puerta del dormitorio, temiendo escuchar un sonido que la obligara a actuar. Fue a su habitación y se quedó allí. Pero la oración la agotaba, porque la excitaba y la traicionaba. Si su Dios podía ayudar, sólo era necesaria una breve petición. Seguir orando, pidiendo ayuda hora tras hora, no sólo era un insulto a su deidad, sino que también la desgastaba físicamente. Se detuvo entonces y leyó algunas páginas de un santo polaco que no entendía. Más tarde cayó en un estado de horrorizada y nerviosa somnolencia. A su debido tiempo, se durmió.

Un ruido la despertó: pasos que pasaban suavemente por su puerta. Su reloj marcaba las once. Los pasos, aunque sigilosos, le resultaban familiares. La señora O'Reilly se estaba yendo a la cama. Los sonidos se apagaron. Madame Jodzka, un poco avergonzada, aunque sin saber por qué, regresó junto a su santo polaco, pero decidida a mantener los oídos atentos. Luego volvió a dormir.

No supo qué la despertó por segunda vez. La noche era desagradablemente tranquila, la casa estaba silenciosa como una tumba. No pasaba ningún tráfico casual. Ningún viento agitaba los sombríos árboles del camino. El mundo exterior estaba en silencio. Y entonces, cuando vio en su reloj que eran algunos minutos después de medianoche, se escuchó un chasquido agudo que actuó como un disparo de pistola en sus nervios excitados. Era la puerta principal que se cerraba suavemente. Siguieron pasos a través del pasillo de abajo, luego subieron las escaleras, un poco inestables. El coronel Masters había entrado. Se acercaba lentamente para asistir a la cita. Madame Jodzka se levantó de un salto, se miró en el espejo, murmuró una rápida y confusa oración y abrió la puerta que daba al pasillo oscuro.

—Ahora escuchará y quizás verá por sí mismo —pensó—. Y que Dios le ayude.

Caminó por el pasillo y llegó a la puerta del dormitorio de Mónica, escuchando con tanta atención que parecía oír el confuso murmullo de su sangre. Habiendo llegado al lugar designado, se quedó quieta y esperó mientras los pasos se acercaban. Un

momento después, la mole del coronel bloqueó el paso, mostrándose como una sombra oscura por la luz del pasillo de abajo. Este bulto se acercó, llegó hasta ella. Ella creyó haber dicho: «Buenas noches» y que él murmuró algo como: «Dije que vendría», o palabras en ese sentido, tras lo cual la pareja permaneció uno al lado del otro en el silencio del pasillo, alejado del resto de la casa, y esperó sin más palabras. Estaban hombro con hombro frente a la puerta del dormitorio de Mónica.

Ella oía su respiración con olor a alcohol, a tabaco rancio, su silueta parecía moverse vacilante contra la pared, movía los pies; y una repentina y extraordinaria ola de emoción la invadió, mitad de anhelo maternal, mitad deseo sexual, de modo que por un breve instante ardió en deseos de tomarlo en sus brazos y besarlo salvajemente, y al mismo tiempo protegerlo de algún peligro atroz al que su contundente ignorancia lo exponía. Con repulsión, piedad y una sensación de pecado y pasión, reconoció esta súbita debilidad en sí misma, pero el rostro del sacerdote de Varsovia cruzó por su confusa mente al instante siguiente. Había maldad en el aire. Esto significaba la presencia del diablo.

Se sintió temblar terriblemente, temblar en sus zapatos, perder el equilibrio, todo su cuerpo inclinado, pero inclinándose en su dirección. Un momento más y ella caería en sus brazos.

Un sonido rompió el silencio y ella se detuvo justo a tiempo. Venía del otro lado de la puerta.

—Escucha —susurró ella con la mano sobre su brazo.

Un ruido, al otro lado, ruidos, la voz de Mónica claramente reconocible, otro sonido más leve y estridente que la acompañaba, irrumpía en ella, respondía. Dos voces.

—Escucha —repitió ella en un susurro apenas audible, y sintió su cálida mano apretar la suya con tanta fuerza que le hizo daño.

Al principio no se distinguían palabras, sólo esos extraños sonidos entrecortados de dos voces separadas en ese pasillo oscuro de la casa silenciosa: la voz de una niña, y la otra, un sonido extraño y débil, apenas un sonido humano, aunque aún era una voz.

—Que le bon Dicu... —comenzó, luego vaciló, sin aliento, porque vio al coronel Masters agacharse de repente y hacer lo último que se le hubiera ocurrido: puso el ojo en la cerradura durante la mayor parte de un minuto, su mano todavía apretando la de ella con firmeza. Se arrodilló para mantener el equilibrio.

Los sonidos habían cesado, ya no se movía nada dentro de la habitación. Sabía que la luz de la noche le mostraría las almohadas de la cama, la cabeza de Mónica y la muñeca en sus brazos. El coronel Masters debía ver claramente todo lo que había que

ver, y aun así no dio señales de haber visto nada. Experimentó una sensación extraña durante unos segundos, casi como si lo hubiera imaginado todo. Durante unos segundos este pensamiento espantoso pasó por ella, y el extraño silencio lo enfatizó. ¿Había sido, después de todo, sólo una loca? ¿La habían engañado sus sentidos? ¿Por qué habían cesado la voz, las voces?

Entonces, el coronel Masters, soltándole la mano, se puso de pie mientras ella se ponía rígida, tratando de prepararse para el furioso desprecio y el insulto despectivo. Protegiéndose contra este ataque, esperándolo, se asombró aún más de lo que escuchó:

—La vi —dijo en un susurro ahogado—. ¡La vi caminar!

Ella se quedó paralizada.

—Me estaba mirando —añadió, apenas audible—. ¡A mí!

La repulsión que sintió la dejó sin palabras. Fue el puro terror en su susurro estrangulado lo que le devolvió una medida de dominio sobre sí misma. Sin embargo, fue él quien encontró las palabras, horribles palabras susurradas, palabras dichas a sí mismo, al parecer, más que a ella.

—Es lo que siempre he temido; sabía que algún día sucedería, pero no así. No de esta manera.

Inmediatamente la voz en la habitación se hizo audible, y era una voz dulce y gentil, sincera y natural, con sentimiento: la voz infantil de Mónica, suplicando:

—¡No te vayas, no me dejes! Vuelve a la cama, por favor.

Siguió un sonido incomprensible. Había sílabas en ese tono débil y chirriante que madame Jodzka reconoció, pero sílabas que no podía comprender. Parecían entrar en ella como puntas de hielo. Se quedó helada. Y frente a ella estaba la masa inmóvil e inanimada de él, su contorno. Luego se inclinó hacia ella, sus labios tan cerca de su propio rostro que, mientras hablaba, sintió el aliento en su mejilla.

—Peroth laga —lo escuchó repetir las sílabas una y otra vez—. ¡Venganza... en indostaní...!

Exhaló un largo y angustiado suspiro. Los sonidos penetraron en ella como gotas de veneno, las sílabas que ya había oído varias veces pero que no había entendido.

—Tengo que entrar, entrar —murmuraba para sí—. Debo entrar y afrontarlo.

Su intuición estaba justificada: el peligro no era para Mónica. Su repentino instinto maternal también encontró su explicación. El poder letal concentrado en ese horrible títere estaba dirigido a él. Empezó a pasar impetuosamente a su lado.

—¡No! —gritó.

Pero su mano ya estaba en el pomo y al instante siguiente la puerta se abrió. En el umbral se quedaron quietos un segundo, uno al lado del otro, aunque ella estaba ligeramente detrás, luchando por pasar a su lado y permanecer protectoramente delante.

Ella miró por encima de su hombro, con los ojos tan abiertos que la intensa tensión de notar todo a la vez amenazaba con anular su propio fin. La vista, sin embargo, funcionaba normalmente; vio todo lo que había que ver, y eso era... nada; nada inusual, es decir, nada anormal, nada aterrador.

¿Había llegado a ese punto máximo de horror simplemente para ver a Mónica profundamente dormida en una habitación segura y tranquila? La parpadeante luz de la noche no reveló más que una niña en sueño natural sin ningún juguete sobre su almohada. Allí estaba el vaso de agua junto a las flores en su platillo, el libro ilustrado en el alféizar, la ventana un poco abierta en la parte inferior, y allí también estaba el rostro tranquilo de Mónica con los ojos bien cerrados. Su respiración era profunda y regular, sin ningún signo de inquietud en ninguna parte, ningún indicio de perturbación que pudiera haber acompañado esa sentencia suplicante de hacía dos minutos, excepto que las ropas de la cama tal vez estaban algo revueltas. Observó que la colcha se doblaba formando pliegues hacia los pies de la cama, como si Mónica, al encontrarla demasiado caliente, la hubiera tirado mientras dormía. No más que eso.

En ese primer momento, el coronel Masters y la institutriz contemplaron toda esta bonita imagen. La habitación estaba tan silenciosa que se oía claramente la respiración de la niña. En ese instante madame Jodzka se dio cuenta de que había movimiento. Algo se agitó. La sensación le llegó, tal vez, a través de su piel, pues ningún sentido lo anunció. Era innegable. En esa habitación quieta y silenciosa había movimiento en alguna parte, y había peligro.

Segura, con razón o no, de que estaba a salvo, y también la niña que dormía tranquilamente, estaba igualmente convencida de que el coronel Masters estaba en peligro. Lo sabía en sus huesos.

—Espera aquí junto a la puerta —dijo casi perentoriamente, cuando sintió que él la empujaba hacia la habitación silenciosa—. La viste mirándote. Está en algún lugar. ¡Cuídate!

Se aferró a él, pero ya estaba más allá de ella.

—Malditas tonterías —murmuró y avanzó.

Nunca antes había admirado más a un hombre que en ese instante hacia lo que ella sabía que era un peligro físico y espiritual; nunca antes, y nunca más. La piedad y el horror la ahogaron en un mar de anhelo apasionado e inútil. Un hombre que iba a encontrar su destino era algo que nadie, sin poder para ayudar, debería presenciar.

Su mirada se posó en los arrugados surcos del cubrecama. Éstos yacían a los pies de la cama, en la sombra, un poco confusos en sus contornos. Si Mónica no se hubiera movido, habrían permanecido así hasta la mañana. Pero sí se movió. En ese momento en particular se dio vuelta mientras dormía. Estiró sus pequeñas piernas antes de acomodarse en la nueva posición, y este estiramiento apretó y retorció los contornos de la pesada colcha a los pies de la cama. El diminuto paisaje se alteró, sus detalles inmediatos cambiaron. Y surgió un esbozo, un esbozo muy pequeño. Hasta entonces había permanecido oculto entre las sombras. Emergió con desconcertante rapidez, como si un resorte lo soltara. Fuera de su nido de oscuridad casi pareció saltar hacia adelante. Rápido, sobrenaturalmente rápido, su velocidad era realmente impactante, porque un shock vino con él. Era extremadamente pequeño, extremadamente espantoso, su cabeza erguida y venenosa y el movimiento de sus piernas y brazos, como el de sus ojos amargos y brillantes, imitaban a la humanidad. El mal, personificado y agresivo, se moldeó en este esquema por lo demás ridículo.

Era la muñeca.

Corriendo con increíble seguridad sobre la resbaladiza superficie de la arrugada colcha de seda, se zambulló, trepó y salió disparada hacia adelante con una apariencia de completo control y propósito. Que tenía un objetivo definido era abrumadoramente obvio. Sus ojos fijos y vidriosos estaban concentrados en un punto más allá y detrás de la aterrorizada institutriz, el punto precisamente donde el coronel Masters, su empleador, estaba contra su hombro.

Un movimiento frenético, medio protector por su parte, pareció perderse en el aire.

Ella se giró instintivamente y le rodeó los hombros con un brazo, que él inmediatamente se sacudió.

—Que venga esa maldita cosa —gritó—. ¡Yo me ocuparé!

La empujó violentamente a un lado.

La muñeca se le acercó. Las bisagras de sus diminutos brazos rotos y de sus piernas articuladas emitían un sonido fino y chirriante: las sílabas que madame Jodzka ya había oído más de una vez. Sílabas que había oído sin comprender: Peroth laga, ahora

llenas de un significado terrible: Venganza.

Los sonidos silbaban y chirriaban, pero eran claros como una campana mientras la bestia avanzaba a esta velocidad milagrosa.

Antes de que el coronel Masters pudiera moverse hacia atrás o hacia adelante para protegerse, antes de que pudiera ordenarse a sí mismo cualquier tipo de acción, o idear la más mínima medida de autodefensa, ya estaba fuera de la cama y hacia él. Salvajemente, sus pequeñas mandíbulas de fantasía se clavaron en el cuello del coronel Masters.

En un instante esto sucedió, en un instante se acabó. En la memoria de madame Jodzka quedó como la impresión de un relámpago grabada en blanco y negro. Llegó y se fue. Sus facultades, como después de un vívido relámpago, quedaron momentáneamente paralizadas, sin pasado ni presente. Ella había sido testigo de estas cosas horribles, pero no se había dado cuenta. Fue esta falta de comprensión lo que la dejó inmóvil y muda.

El coronel Masters, por otro lado, permanecía en silencio, como si nada inusual hubiera sucedido, dueño de sí mismo, tranquilo y sereno. En el momento del ataque ningún sonido salió de sus labios, ni siquiera hubo un gesto de defensa. Lo que fuera que hubiera sucedido, lo había aceptado. Las palabras que ahora salían de sus labios eran, por tanto, aún más espantosas por su espantosa vulgaridad.

—¿No sería mejor que enderezaras un poco la colcha?

El sentido común, como siempre, permite escapar el gas de la histeria. Madame Jodzka jadeó, pero obedeció. Automáticamente se acercó para cumplir sus órdenes, pero consciente, incluso mientras se movía, de que él se sacudía algo del cuello, como si una avispa, un mosquito o algún insecto venenoso hubiera intentado picarlo.

Mientras jugueteaba con los pliegues de la colcha, se sorprendió al descubrir que Mónica estaba sentada en la cama, despierta.

—¡Oh, Doska, estás aquí! —exclamó inocentemente—. ¡Y papá también! ¡Oh, Dios mío...!

—Estira tus sábanas, cariño —tartamudeó, apenas consciente de lo que decía—. Deberías estar dormida.

—¡Y papá está contigo! —repitió la niña, emocionada, preguntándose qué significaba todo eso y extendiendo sus brazos.

Este breve intercambio de palabras, aunque se necesita un minuto para describirlo,

ocurrió simultáneamente con la acción; tal vez diez segundos en total, porque mientras la institutriz jugueteaba con la colcha, el coronel Masters estaba en el acto de quitarse algo del cuello. No se oía nada más, excepto sus jadeos; pero algo más (lo juró por su sacerdote de Varsovia) era visible. Madame Jodzka sostiene por todos los dioses que vio esta otra cosa.

En momentos de tensión paralizante no son los sentidos los que actúan con menos rapidez ni con menor precisión; su acción, por el contrario, se intensifica y acelera: lo que lleva más tiempo es el registro de sus informes. El cerebro entumecido causa el aparente retraso; la comprensión se ralentiza.

Así, una fracción más tarde, la señora Jodzka se dio cuenta de lo que veían sus ojos: un brazo de piel oscura que se inclinó a través de la ventana abierta junto a la cama y agarró un pequeño objeto que yacía en el suelo después de caer del cuello del coronel Masters, y luego se retiró a la velocidad del rayo hacia la oscuridad de la noche exterior.

Al parecer, nadie más que ella había visto esto: fue casi sobrenaturalmente rápido.

—Y ahora volverás a dormir en dos minutos, afortunada Mónica —susurraba el coronel Masters junto a la cama—. Simplemente me asomé para ver que estabas bien —su voz era débil.

La señora Jodzka, apoyada en la puerta, paralizada, aterrorizada, miraba y escuchaba.

—¿Estás bien, papá? ¿Seguro? Tuve un sueño...

—Me siento espléndido. Pero mejor aún si te viera profundamente dormida. Vamos. Apagaré esta tonta lamparita, porque eso es lo que te despertó.

Él y la niña la apagaron juntos, esta último con una risa somnolienta.

El coronel Masters se acercó de puntillas para reunirse con madame Jodzka en la puerta.

—Mucho alboroto por nada —lo escuchó murmurar con la misma voz fina y espantosa, y luego, mientras cerraban la puerta y permanecían en el pasillo a oscuras, de repente hizo algo inesperado. Tomó a la polaca en sus brazos, la abrazó con fuerza durante un segundo, la besó con vehemencia y la arrojó lejos.

—Bendita seas y gracias —dijo en voz baja—. Hiciste lo mejor que pudiste. Pero obtuve lo que merecía. He estado esperando años por ello.

Y bajó las escaleras hacia sus habitaciones. A mitad de camino se detuvo y miró hacia

donde ella estaba.

—Dile al médico —susurró con voz ronca—, que tomé un somnífero: una sobredosis.

Y esto fue, aproximadamente, lo que le dijo al médico a la mañana siguiente, cuando una apresurada llamada telefónica lo llevó a la cama sobre la que yacía un hombre muerto con la lengua hinchada y ennegrecida. Ella también contó la misma historia durante la investigación y una botella vacía de un potente somnífero la sostenía.

Mónica, demasiado joven para comprender el dolor más allá del significado engañoso de la pérdida, ni una sola vez (por extraño que parezca) se refirió a la ausencia de su encantadora muñeca que la había consolado durante tantas horas, que había demostrado ser una compañera tan íntima día y noche. Parecía olvidada, borrada por completo de su memoria, como si nunca vez hubiera existido. Se quedaba mirando fijamente, estúpidamente, cuando se mencionaba una muñeca: prefería sus gastados ositos de peluche.

—Son tan cálidos y suaves, y se acurrucan sin que te hagan cosquillas. Además —añadió inocentemente—, no chillan ni intentan escabullirse.

Así, en los suburbios, donde grandes espacios entre las farolas se apagan por la noche, donde el viento húmedo llega susurrando a través de las tristes ramas de los pinos plateados, donde no sucede nada y la gente grita «¡Vamos a la ciudad!», hay agitaciones ocasionales entre los huesos muertos y secos que se esconden detrás de los respetables muros de las villas...